

¡Vamos!
Juntos
caminamos
con
Jesús



Subsidio

Todos los santos - fieles difuntos.

El Padre Dios nos da un
gran regalo de amor: el
pequeño altar del día de los
Santos. A la edad de 15 años
los Santos, Santos, Santos.



Nota:

- Este subsidio se puede realizar en cualquier día del mes de noviembre, no necesariamente el 1 o 2 de noviembre.
- Puede realizarse en Centro pastoral o en pequeños grupos (pequeñas comunidades)
- Se puede hacer en familia.

Preparación previa:

En el lugar donde se vaya a realizar la actividad, se pone un altar donde estará un crucifijo, la imagen de la Virgen María, una veladora y un arreglo floral. Se les pedirá a los que asistan llevar en un listón blanco donde pondrán el nombre de la persona difunta.

Bienvenida:

Hermanos, sean bienvenidos en esta reunión donde reflexionaremos sobre estas dos celebraciones la de "SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS" y la "CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS". Festividades que nos invitan a reflexionar sobre cómo vivir la santidad en la vida cotidiana.

Una de las costumbres que tenemos en estos días es la de hacer altares para nuestros difuntos en el que podemos manifestar nuestra creatividad religiosa para celebrar la vida de nuestros seres queridos que se nos han adelantado y también para mostrar la presencia y devoción a todos los santos. Por esto podemos llamarle "altares de la vida y la esperanza". El altar está centrado en La cruz de Cristo que hace referencia a la salvación que nos ha dado el Padre por medio de la entrega de su Hijo, demostrándonos que Él es el camino, la verdad y la vida y que por su medio llegamos a la resurrección; para recorrer este camino, necesitamos la fortaleza del Espíritu Santo que nos guía e ilumine, por eso la presencia y ejemplo de los santos que han recorrido este camino, y de modo particular La Virgen María, nos ayudan y acompañan en este caminar. La comida y las flores que colocamos en los altares son la ofrenda y gratitud de cada uno de nosotros.

Oración inicial.

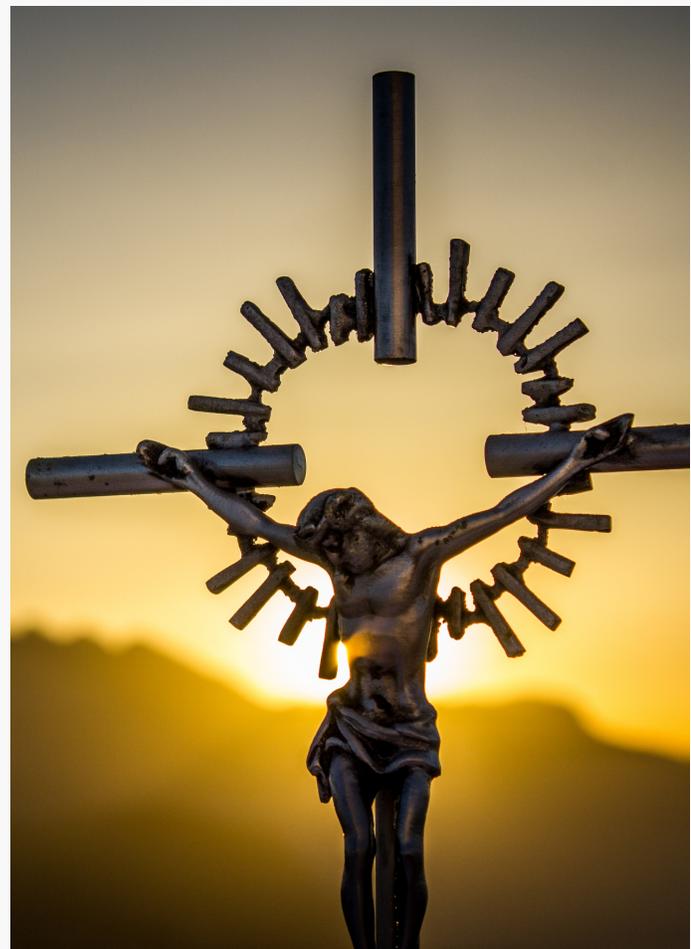
Himno:

Nacidos del amor para la vida,
Vivieron un amor nunca acabado,
Murieron un amor crucificado
En una carne débil no abatida.

Hirieron con la sangre de su herida
El animal salvaje del pecado,
Floreció su bautismo en el Amado
Con una santidad comprometida.

Hombre como nosotros, compañeros
Del silencio extasiado o de la guerra,
En la fatiga de todos los senderos.

Danos, padre, gozar de su compañía,
Ser testigos del cielo aquí en la tierra
Y, como ellos, vivir en agonía. **Amén.**



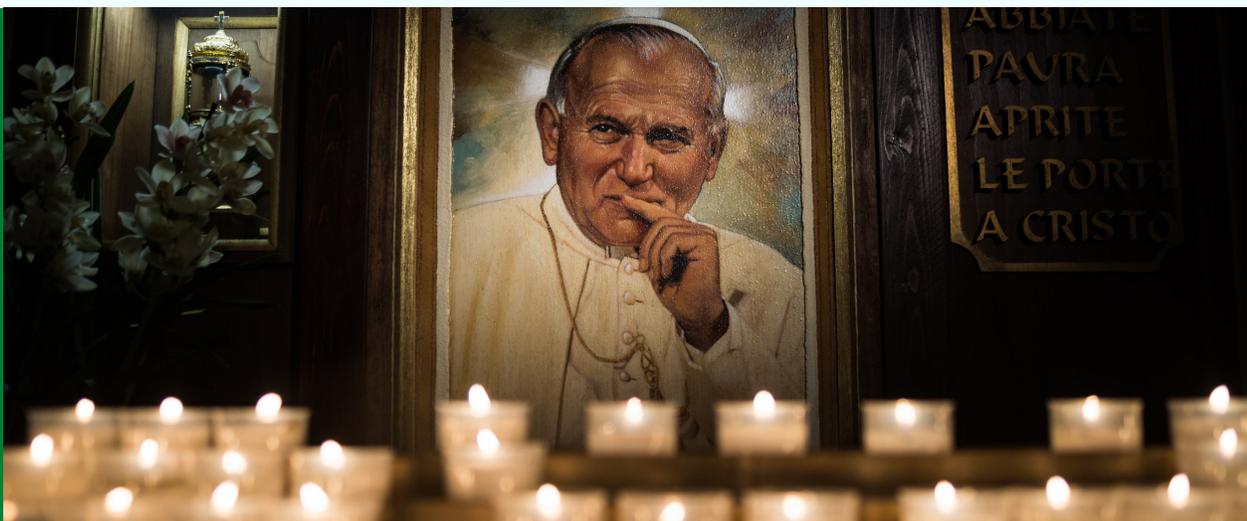
🕯️ Iluminación bíblica. Mt. 5, 43 - 48.

Ustedes oyeron que se dijo: Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo; pero yo les digo: amen a sus enemigos, y oren por quienes los persiguen, para que así sean en verdad hijos de su Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre los justos e injustos. Porque si ustedes aman solo a quienes lo aman. ¿Qué recompensa merecen?, ¿no hacen también esto mismo los cobradores de impuestos? Y si saludan sólo a sus hermanos. ¿qué hacen de extraordinario?, ¿no hacen también esto mismo los paganos? Por tanto, sean perfectos como su Padre celestial es perfecto.



☑️ Reflexión.

En esta cita bíblica Jesús nos llama a vivir en la santidad, una tarea difícil pero no imposible, aunque muchas veces nos desanimamos o nos desalentamos por las dificultades que vivimos y hasta pensando que es muy duro vivir en santidad, y nos parece imposible imitar la vida de los santos. Si no contamos con Dios, entonces todo se hace imposible, pero estando con Él, la situación puede ser diferente.



Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, «como novia que se adorna con sus joyas» (Is 61,10).

Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: «No, no hablaré mal de nadie». Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso.



A veces la vida presenta desafíos mayores y a través de ellos el Señor nos invita a nuevas conversiones que permiten que su gracia se manifieste mejor en nuestra existencia «para que participemos de su santidad» (Hb 12,10). Otras veces solo se trata de encontrar una forma más perfecta de vivir lo que ya hacemos: «Hay inspiraciones que tienden solamente a una extraordinaria perfección de los ejercicios ordinarios de la vida». Cuando el Cardenal Francisco Javier Nguyễn van Thuân estaba en la cárcel, renunció a desgastarse esperando su liberación. Su opción fue «vivir el momento presente colmándolo de amor»; y el modo como se concretaba esto era: «Aprovecho las ocasiones que se presentan cada día para realizar acciones ordinarias de manera extraordinaria».

Así, bajo el impulso de la gracia divina, con muchos gestos vamos construyendo esa figura de santidad que Dios quería, pero no como seres autosuficientes sino «como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios» (1 P 4,10). Bien nos enseñaron los Obispos de Nueva Zelanda que es posible amar con el amor incondicional del Señor, porque el Resucitado comparte su vida poderosa con nuestras frágiles vidas: «Su amor no tiene límites y una vez dado nunca se echó atrás. Fue incondicional y permaneció fiel. Amar así no es fácil porque muchas veces somos tan débiles. Pero precisamente para tratar de amar como Cristo nos amó, Cristo comparte su propia vida resucitada con nosotros. De esta manera, nuestras vidas demuestran su poder en acción, incluso en medio de la debilidad humana».

Preguntas para reflexionar y confrontar nuestra vida:

- ¿Qué parte del texto te llamó la atención?, ¿Por qué?
- ¿Consideras que es difícil alcanzar la santidad?
- ¿Qué actitud podrías modificar en tu vida para que vayas alcanzando la santidad poco a poco?
- ¿Qué recuerdos tienes de tus difuntos sobre cómo vivían la santidad?

Oración Final.

Mientras se canta pescador de hombres, los participantes pasan a colocar el listón con el nombre del difunto en la ofrenda floral.

Terminando de colocar los listones en la ofrenda se hace la siguiente oración.

Pidamos al Señor que escuche nuestra oración y atendiendo a nuestras súplicas por nuestros hermanos difuntos, y, llenos de confianza, digámosle.

R: Dueño de la vida y de la muerte, escúchanos.

Señor Jesús, haz que nuestros hermanos que han pasado ya de este mundo a tu reino se alegre con júbilo eterno en tu presencia y se llene de gozo en la asamblea de los santos.

R: Dueño de la vida y de la muerte, escúchanos.

Libra sus almas del abismo y sálvalos por tu misericordia, porque en el reino de la muerte nadie te alaba.

R: Dueño de la vida y de la muerte, escúchanos.

Que tu bondad y tu misericordia los acompañen eternamente, y que habiten en tu casa por años sin término.

R: Dueño de la vida y de la muerte, escúchanos.

Condúcelos hacia las fuentes tranquilas de tu paraíso y hazlos recostar en las praderas verdes de tu reino.

R: Dueño de la vida y de la muerte, escúchanos.

A nosotros, que caminamos aún por las cañadas oscuras de este mundo, guíanos por el sendero justo, y haz que en tu vara y en tu cayado de pastor encontremos siempre nuestro sosiego,

R: Dueño de la vida y de la muerte, escúchanos.

Para que la luz de Cristo ilumine a los vivos y a los muertos, pidamos que a todos llegue el reino de Jesucristo. Padre nuestro...

Despedida con algún canto de acción de gracias.
